

El exilio médico en la Argentina

Un panorama o resumen de la actividad médica de un específico grupo humano ha de responder al devenir histórico general, no sólo de la medicina, sino de las influencias, intercambios y evolución del conocimiento científico. Si además pretendemos entender o valorar aquella actividad, deberemos tener noticia del pasado que condicionó el presente.

En la era del átomo, la informática y la computarización ya no cabe encasillar como en el siglo pasado y parte del presente a la medicina por nacionalidades, que hoy no son más que variedades de un mismo devenir del verdadero conocimiento científico. En vísperas del siglo XXI la ciencia no admite el secreto ni las fronteras.

Cada sector científico recibe y entrega descubrimientos y experiencias, errores y hallazgos. Las circunstancias ambientales explican el por qué del comportamiento personal. La formación ética del profesional conforma una personalidad con determinadas reacciones ante la multiforme contingencia vital. En el caso del exilio, voluntario o impulsado por imprevistos factores, estas reacciones tienen una explicación lógica para cada caso.

Nuestro exilio por su misma naturaleza migratoria se ha visto sumergido en medios distintos —a veces hostiles— en los que los expatriados reelaboraron su personalidad profesional y humana. En la Argentina los médicos exiliados sólo actuaron como grupo en tanto eran correligionarios de la democracia española. Los residentes en Buenos Aires o en el interior no actuaron como equipo médico. Mantuvieron en Buenos Aires su relación personal socio-política y como profesionales se reunían casi todos los meses en cena de colegas. Muchos de ellos pertenecieron a la Asociación de Intelectuales Demócratas Españoles.

Entre las numerosas individualidades que componían el grupo existió un selecto núcleo que sublimó el trauma de la expatriación volcando conocimientos y genio en la docencia médica y la tarea intelectual, sirviendo de referencia y apoyo al sector más numeroso de los que sublimaron a su vez aquel mismo trauma en la continuidad —difícilmente lograda— de la práctica médica, con honestidad y modestia.

En las tierras de Iberia, de dura y encrespada configuración, se han vivido largos períodos de predominio de la violencia y el dogmatismo, acordes con aquella difícil geografía. Capdevila y Casas expone la situación de la medicina española, pocos meses después de finalizar las batallas de la llamada guerra civil, en el apéndice español a la *Historia de la Medicina* de Castiglione (edición de 1941).

Por dolorosa que sea la confesión, es preciso reconocer que España no ha sido en los tiempos modernos terreno abonado para el desarrollo de las ciencias en general, y en particular para la medicina...

No cabe pensar que los médicos españoles sean menos inteligentes que sus colegas de otras naciones: casos ha habido de españoles trasplantados que han alcanzado la máxima altura en su ramo y se han impuesto a los sabios del país donde se han implantado.

Capdevila recuerda la fama universal de personalidades médicas que destacaron en el mundo científico internacional: Orfila, que alcanzó el decanato de la Facultad de Medicina de París, como Albarrán, en la misma ciudad. Pedro Mata, poeta, psiquiatra y político, o Letamendi, especie de enciclopedista del siglo XIX.

...todo albor de renacimiento científico ha sido constantemente oscurecido por densos nubarrones representantes de acontecimientos luctuosos, que en la historia de España de la primera mitad del siglo XIX se han sucedido sin dar tiempo a que la nación se restableciera del anterior.

La guerra de la independencia causó el cierre de algunas universidades y la emigración de muchos sabios profesores interrumpió por completo la vida científica. Terminada la lucha siguió el ominoso reinado de Fernando VII, de resultados aún más funestos para la ciencia española, época de absoluta intolerancia para toda idea nueva, en la que incluso se llegó a prohibir la traducción de obras científicas valiosas.

... diremos solamente, para lamentarlo, que han sido escasos los períodos de serena tranquilidad en que la ciencia, dormida o latente, despierta y adquiere un ritmo acelerado para recobrar el tiempo perdido, que no se hayan visto truncados por hechos catastróficos. Buen ejemplo de esto, particularmente doloroso por su magnitud y violencia, ha sido nuestra última convulsión que aún hoy nos estremece, precisamente cuando la ciencia médica española ascendía radiante por el camino que había de llevarla a la altura de las demás extranjeras...

La invencible inteligencia individual sobrevivió a tantas dificultades y a principios de siglo surgió nuevamente tras uno de los más prolongados paréntesis señalados por Capdevila, la presencia española en el mundo científico, evidenciada en 1906 por el Premio Nobel discernido a Santiago Ramón y Cajal. Era la aparición pública internacional de la medicina peninsular, que había sobrevivido gracias a unos pocos precursores como Pedro Castelló (profesor del Colegio de San Carlos), médico de Fernando VII, de quien consiguió le dejara mejorar los planes de enseñanza médica. El psiquiatra Pedro Mata, el anatómico Bonello y Lacaba, Salvador Gil Vernet, gran cirujano y urólogo. Los discípulos de Cajal: Achúcarro, Tello y Pío del Río Ortega, el más conocido, encabezando este último el grupo de científicos e investigadores médicos exiliados en la Argentina a partir de 1939. Don Pío fue acogido por la obra de recuperación cultural de la Institución Cultural Española donde pudo continuar sus investigaciones, descubrimientos y métodos de tinción de la neuroglia. En Buenos Aires don Pío del Río Ortega fue un elocuente portaestandarte de aquella renaciente medicina y ciencia peninsulares que lo sacrificó todo en un exilio ejemplar con la modestia del verdadero sabio, creando su escuela argentina con discípulos eminentes: Moisés Polak, Sacerdote, y tantos otros.

Una de las figuras antecesoras del exilio médico fue don Avelino Gutiérrez (nacido en 1864), prestigio de la ciencia hispanoamericana que desde su brillante juventud adquirió en la Argentina los laureles de maestro médico. En la ancianidad recibió con los brazos abiertos y comunidad de ideales a los médicos exiliados a partir de 1939, a quienes brindó orientación y amistad.

De la misma generación de Avelino Gutiérrez, en España destacaban cirujanos como José Ribera (1852-1912) o Salvador Cardenal (1852-1927), principal introductor de

la antisepsia y la asepsia en España. A fines de siglo (1887) nació Marañón, el gran científico, historiador y prologuista de innumerables tratados médicos, cuyo ejemplo humanista emularon maestros como los profesores Rof Carballo, Laín Entralgo o Vallejo Nájera.

A pesar de la penosa confesión de Capdevila, la medicina peninsular atezada en Portugal como en el Estado español por la violencia y la mediocridad de gobiernos autoritarios, surgía en el primer cuarto de siglo a través de investigadores como Jaime Ferrán (con su vacuna antivariólica y del cólera) los clínicos y cirujanos: Bartrina, Corrachan, Puig Sureda, Angel Baltar, Bastos Ansart, Trueta, Oriol, Anguera, Folch, Fargas, Recaséns, Sánchez Guisande, etc.

La Universidad de Barcelona, ocupada la ciudad por los ejércitos de Felipe V y suprimida aquélla por el Decreto de Nueva Planta en 1714, fue restaurada y adquirió impulso creciente en 1847 —más de un siglo después— convirtiéndose, junto con la Universidad de Madrid, en centro de atracción nacional e internacional: «ambas fueron los fermentos más eficaces de la moderna renovación universitaria».¹

Aquel deprimente comentario augural de Capdevila respondía no sólo al estado psíquico personal del historiador médico, al final de una guerra militarmente perdida, sino al visible retraso cultural en que se sumergía el país, en contraste con el auge europeo de las ciencia, la técnica y la cultura. El panorama de Capdevila para la década del 40 era muy distinto del que Haller describió para la medicina al llegar al primer milenio de la historia: «En el bárbaro siglo IX la nación española es la única a la que se habían acogido y en la que florecían las ciencias.»

En los años de la democracia republicana los profesores, investigadores y especialistas formaban una pléyade prometedora de progresos en todos los órdenes de la medicina; la guerra civil produjo un desgarró cultural catastrófico para la continuidad de la incorporación de España a la civilización europea: la diáspora de los representantes de la cultura y la ciencia.

Fieles a sus idearios humanistas, los médicos del exilio se mantuvieron en América y en particular en la Argentina aprendiendo y enseñando en cuanto pudieron retomar el ejercicio profesional o docente. Asociados a su militancia social y patriótica, defendieron durante medio siglo aquellos ideales mientras se integraban a la vida del pueblo que los recibió con repetida e inigualable cordialidad. Tal integración no significó ruptura con el pasado sino continuidad de vida liberada y dignidad recobrada. Unos cuantos maestros eminentes fueron los artífices del crédito moral y científico del grupo médico incorporado al mundo profesional argentino. En otros países americanos se producía también el fenómeno de la reivindicación moral y la estabilidad material. El silencioso bien hacer de todo el exilio confirmaba aquel crédito. Como ha dicho el historiador Pedro Grases, «los exiliados no vinieron al continente en busca de patrimonio, sino en busca de patria».² Es una definición que se completa con su original

¹ F. Soldevila y P. Bosch Gimpera: *Historia de Catalunya, México, 1946.*

² Pedro Grases: *Jornades d'Estudis Catalano-Americanes. 1986.*

explicación de la dualidad que nos convierte en ciudadanos de dos patrias. Destierro y exilio son dos conceptos distintos:

El término expatriado tampoco es correcto. Desterrado es quien se queda sin tierra donde posar los pies. Exiliado corresponde a quien no tiene dónde adherirse espiritualmente. Se puede dejar de ser desterrado y seguir exiliado. Expatriación era condena que acarrearía destierro y exilio, pero estoy persuadido de que al encontrar tierra americana y poder rehacer la vida, poder recomenzar las ilusiones y el trabajo, y planear cada día cómo ser útil, del destierro no queda nada: al contrario, se posee una nueva tierra. Y si uno se entusiasma y se incorpora, se siente miembro de la nueva comunidad, también deja de ser exiliado; o sea, ciudadano de ninguna parte; se termina y se transforma en una situación de privilegio porque se conserva la tierra que se ha dejado y se tiene la tierra que se ha encontrado. Puede mantener la espiritualidad que ha dejado y adherirse a una nueva intimidad que, por otra parte, está muy próxima a la de uno mismo. Esto es un privilegio.

El fenómeno de la integración se dio en forma más completa y rápida en los países latinoamericanos, que en el hemisferio norte, europeo o americano. En la Argentina, estación final de nuestro exilio, el grupo médico superó las dificultades legales para conseguir revalidar estudios y títulos. Algunos consiguieron tareas extra-médicas para la inmediata supervivencia. La mayoría tarde o temprano logró reintegrarse a su vocación profesional.

Entre otros muchos recordamos especialmente a algunos de los que dieron aliento con su temple y sus secretas heroicidades cotidianas, a la voluntad de seguir no sólo la senda de Hipócrates, sino también los ideales que los llevaron al exilio. Un refinado culto, como orgullosa divisa, les hacía pensar que pese a las batallas perdidas, el triunfo de la tolerancia, la cultura y la democracia coronarían un día tanta fidelidad.

Por esto hacemos una sucinta mención de homenaje a quienes sacrificaron tantas cosas valiosas, para mantener no sólo la vida, sino su compromiso con las opiniones políticas y sociales que completaban la personalidad profesional. Inmersos en una colectividad cultural de alto nivel, disfrutaron de la organización republicana del país pese a múltiples deficiencias y retrocesos que ocurren en la Argentina como en tantos otros países.

Desde el punto de vista estrictamente profesional, los médicos del exilio argentino tuvieron la suerte de contar en sus filas con unos cuantos maestros no sólo de la medicina, sino del humanismo, con amplio espectro de actividades intelectuales: la biología, la antropología, la historia, la literatura, el ensayo, y la obra científica fueron caminos transitados por exiliados en diversas naciones de Centro y Sudamérica que trascendieron fronteras y dieron a todo el exilio una respetada posición rectora. Quienes seguimos en aquella profesión y en la actitud sociopolítica inicial, pudimos reivindicar nuestro pasado de lucha, nuestra opinión, y proclamarnos dueños de nuestro espíritu, en la modesta actividad médica, no por silenciosa menos valientemente mantenida, o en algunos otros, en tareas alejadas de la medicina al no poder conseguir la reválida del título. La aventura del hombre exiliado hasta encontrarse espiritualmente integrado en la nueva patria ha sido rica en esfuerzos coronados o no por el éxito, pero siempre fieles a una trayectoria vital sin claudicaciones.

Buenos Aires pudo escuchar y ver en sus tribunas a profesionales eminentes entre los cuales, grandes maestros de la medicina: desde don Augusto Pi Sunyer, en época